

Eduardo Anguita: Apariciones y Desapariciones

Eduardo Anguita: Poesía entera, Santiago, Editorial Universitaria, 1994, 220 páginas.

En una página memorable y admirable, Octavio Paz dice que "la aparición de un poeta verdadero tiene algo de milagroso". Aparición milagrosa: súbito centelleo que modifica, por un instante o por la eternidad, el paisaje del espíritu. En el caso de Eduardo Anguita, esa aparición se confunde, paradójicamente, con su desaparición. Al momento de morir nos dejó, como una enseña casi indecifrible, su obra, que hoy vemos nuevamente editada por la Editorial Universitaria, con un excelente prólogo de Pedro Lastra y un aclaratorio "post scriptum" de Cristián Warnken.

En su libro "La llama de una vela", Gastón Bachelard dice que "Antaño, en un tiempo olvidado hasta por los sueños, la llama de una vela hacía pensar a los sabios (...), convocaba pensamientos desmedidos, suscitaba imágenes sin límites". Pienso que, en nuestros tiempos, Anguita era uno de esos sabios. En innumerables ocasiones, las imágenes de

sus poemas casi no trenen límites ("Tan víctima / con el pulmón expuesto al sueño / y al aire de las vidrieras / a golpes de fuego / subiendo por los lados fríos"). Hay en este autor, como lo anota certeramente Lastra, una "atracción multiplicada" por el fuego, ese elemento purificador. Es ahí donde esta poesía se llena de un rumor cuya significación Anguita la asume "Con las orejas pegadas al ruido cósmico" y "Donde sucede el mundo entre dos llamas".

Cuando hablo de la "aparición" de este poeta, no me refiero a un "advenimiento" ni a una hipotética "fama". Ciertamente, Anguita fue reconocido como un maestro por muchos poetas antes de su muerte, aunque siempre lo rodeó una especie de silenciamiento a veces respetuoso, a veces indiferente. A él lo tuvo sin cuidado. Buscó siempre el difícil oficio del rigor en la palabra y ahí estableció su ámbito. Ese mismo rigor es el que obliga a sus lectores a asumir un riesgo y una aventura el recorrido por esta materia ("Señores: bajo la piel quema la vida") ¿No es esto la presen-

cia de la muerte que, como en toda gran poesía, ejerce un influjo inevitable? Anguita sabía que el tópico de la muerte era la hacedora de muchas de sus imágenes más memorables, como ese "recinto donde la sangre busca a una luna" o "ese jardín que sólo se visita / Cuando alguien viene a vivir de verdad". Porque en este autor la pulsión de su lenguaje se transforma en ese "árbol verbal" que habita su poesía como símbolo de lo que permanece como muerte. No se trata de una afición a lo mortuario sin más sino que, por el contrario, es una invitación a la vida más verdadera. Para un católico como él pasar a la "otra" vida significa consagrar su palabra en la ceremonia de su escritura. Poesía poblada por "criaturas angélicas" y por muchos actos de transfiguración, la obra de Anguita es, en sí misma, una consagración, un construir su propia casa o seno de inmensidad, vaso y agua a la vez. ("Pero la vida es una ocasión / para unir huecos que se quieren"; "Viento querido: llénamé").

Marcelo Pellegrini